

Lección 8

¿Amigos vs. Padres?

Creo que es hora de retomar el relato. Carlos muy bien habló del nacimiento de los Clubes del Martes y del Lunes. Debo aclarar que su versión de que ellos fueron los primeros es muy discutible. Nosotras sabemos que empezamos antes. Pero bueno, no me quiero detener en minucias. Tampoco le voy a reclamar lo poco que nos nombró en la aventura con los chicos del hospital. Es decir, «por conveniencia» no dijo que nosotras aportamos gran parte de los pasteles que los chicos comieron y que fue gracias a nuestra intervención que la sesión de títeres no terminó en un verdadero fracaso. Pero bueno, lo cierto fue que ese día nos unimos más allá de todo.

Ésa no fue la única vez que ambos «Club» nos juntábamos para algo. Para seguir el hilo del relato, les pido que se ubiquen con un grupo de amigos y amigas –o sea nosotras– en el zoológico un día que debía ser «de relax».

–¡... Espera un segundo! ¿Quieres decir que amor de padres y amor de amigos es lo mismo? –Ángel parecía indignado con Carlos.

–No sé –aportó Meche–. A mí no me queda del todo claro. Porque a veces parece verdad el dicho de que «a los amigos se los elige y a los parientes se los soporta».

Ahí me metí:

–No serán lo mismo, pero tienen algo en común.

–O sea que tú piensas que tus padres *tienen* que ser tus amigos –refutó Ángel.

–No sé si «amigo», pero debes tener con ellos una gran confianza –dije con cautela.

–¿Qué dices? Estás loca –Ángel parecía definitivamente indignado.

–¿Qué, acaso no hablarías con tu papá como con tus...? –me «defendió» Carlos.

–¿Con los amigos? Oye, ¿en qué mundo vives?

–En éste. Igual que tú. Y no es para que me trates así –la discusión se iba acalorando y nuestro paseo al zoológico corría peligro.

–Pues no digas tonterías. Una cosa es un amigo y otra muy distinta tu papá o tu mamá.

–Mejor hablemos de otra cosa –Paola trató de poner paños fríos–. A mí una duda que me ha surgido muchas veces es si realmente puede haber amistad entre el hombre y la mujer. Digo, amistad desinteresada...

Todos empezamos a hablar al mismo tiempo y aquello se convirtió en un gallinero, pero ya no estábamos enojados. De pronto, Sebas, que se había adelantado, nos gritó para que viéramos cómo estaba pariendo un guanaco (en realidad sería «guanaca»).

Totalmente fuera del libreto pero efectivo para dar por terminada toda discusión... al menos por el momento. De todos modos, las cosas con Ángel no habían quedado del todo bien. En realidad el problema no era precisamente conmigo. Pronto sabría por qué.

–Miguel, tengo dos dudas: ¿qué diferencia hay entre un papá y un amigo?

Quedé sorprendida de la franqueza con la que Paola retomó el tema del zoológico en la siguiente clase de Miguel. «Está bien, tal vez saquemos algo bueno de todo esto».

–Vamos por partes. Tema padres y amigos. A ver, el resto ¿qué opinan? ¿es lo mismo un amigo que un padre? O sea, en cuanto a la relación, ¿nos llevamos igual?

–¡¡Nooo!! –la respuesta fue unánime.

–¿Cuál es la diferencia?

–Que a tus amigos los eliges, a tus papás no –acotó Adrián produciendo como siempre una risa.

Tu padre te quiere. Por eso te pone límites, te dice lo que es bueno y así te ahorra tropezones.

–Bueno, lo pondremos –Miguel lo anotó en el pizarrón–. ¿Qué más?

–Lo que le cuentas a tus amigos jamás se lo dirías a tu papá –agregó Álvaro.

–¿Por qué?

–Y, bueno...no sé...no hay la misma confianza. Como que el viejo...digo, mi papá está en otra onda, en otra frecuencia... Él es grande y bueno, pero...

–¿Pero qué?

–... *no me entiende* y punto. Con mis amigos tengo la libertad de decir lo que me da la gana, sin que me estén regañando todo el día o diciéndome lo que está mal.

–¿Quieres decir que a tus amigos los quieres y a tú papá o mamá no?

–Eh...¿cómo?

–Sí, piénsalo bien Álvaro...y esto va para todos. ¿Lo que me acabas de decir significa que quieres a tus amigos pero a tú papá no? ¿A ellos los quieres más que a él?

–No, no...es distinto, otra confianza. Una cosa es mi papá y otra mis amigos.

–Yo sí digo que a mi papá lo quiero menos que a mis amigos.

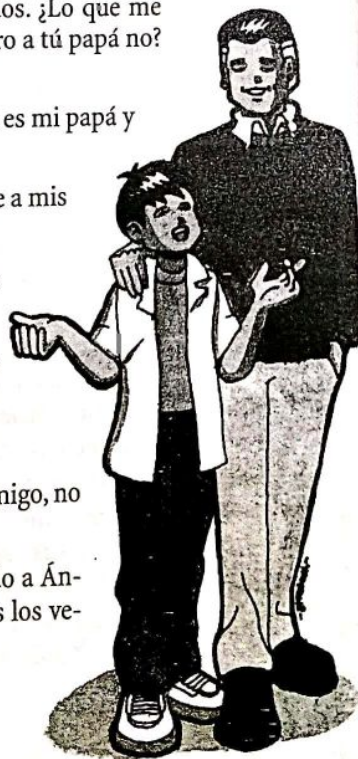
La interrupción de Ángel causó un profundo silencio.

–Bueno, –continuó– es lógico. Él no me quiere.

–¿Por qué lo dices?

–Fácil: no se preocupa por mí, no charla conmigo, no le intereso, lo único que me dice es lo que hago mal...

–Está bien –interrumpió Miguel, justo cuando a Ángel le empezaban a brillar los ojos– temas personales los vemos personalmente. ¿OK?



– ...

–Continuemos. Lo primero que es necesario hacer es encontrar las diferencias entre el amor de los amigos y el amor de los padres. Definitivamente son distintos pero en el fondo creo que no se puede decir que uno quiera más a unos que a otros. **Lo que sucede es que cuando uno abre su corazón a otras personas siempre se hace más grande.**

–Eso suena cursi, de niñas –interrumpió Patricio, que había estado rayando su cuaderno.

Todavía no entiendo porqué los varones cuando algo les parece cursi o les suena tonto dicen que es «de niñas». No tiene mucho sentido.

–No te confundas. Ustedes andan diciendo todo el día que nadie los comprende. Muchas veces es así. Justamente lo que en el fondo buscan, sin saberlo, es afecto incondicional (¡y espero que nunca dejen de buscarlo!). Pero esa moneda tiene otra cara. O sea, tenemos que ofrecer lo que hay en nuestro interior, no todo es pedir. Piénsenlo un instante: ¿qué pasaría si cada uno exigiera, por ejemplo, «comprensión», y no estuviera dispuesto a comprender a los demás?

La respuesta era obvia.

–... Nadie comprendería al otro y todo sería un caos.

El silencio se hizo cada vez más profundo.

–¿Cómo lo aplicamos con respecto a los padres? –preguntó Mariana.

–**Lo primero es que pase lo que pase y parezca lo que parezca, nuestros padres siempre nos quieren.** Tal vez no lo demuestren «como nosotros queremos», pero entonces somos nosotros los que condicionamos el cariño. Tal vez exigimos comprensión y no somos comprensivos. Es cierto, nuestros papás no son iguales que nuestros amigos: son más, porque ellos nos dieron la vida y se han preocupado por nosotros hasta el día de hoy. Tal vez cueste dialogar, pero piensen que a ellos también les cuesta y sufren.

Nunca lo había pensado de esa forma. Hasta entonces yo era la **incomprendida** siempre y todos tenían que hacer el esfuerzo de **entenderme**. Internamente –muy internamente– empecé a **cuestionarme** qué tan justa había estado siendo con los demás.

–Además tengan en cuenta que ellos no son perfectos, cometen errores, incluso buscando el bien para nosotros. Tal vez trabajen mucho «para que nunca nos falte nada» cuando lo que quisiéramos es otra cosa. Pues muy sencillo; tenemos que decirlo, porque casi todo lo hacen porque somos el centro de su vida. **Un hijo es lo que más se quiere en el mundo**. Pero, que tu papá te quiera no significa que no te ponga límites y te diga lo que es mejor para ti y esté pendiente para ahorrarte tropezones innecesarios.

En síntesis: **aunque a veces no lo notes, tu papá y tu mamá te quieren con locura**. Aunque a veces haya problemas, tu familia es tu lugar, perteneces a ella y ellos «te pertenecen». **Acércate, habla con ellos, pídeles que entiendan lo que te pasa, pero también compéndelos**, haz ese esfuerzo. Si lo logras te garantizo que vas a descubrir cosas que ahora ni te imaginas.

Nos cayó a medida. El salón entero estaba con la cabeza baja, como mirando para adentro.

–Tienen razón: el amor de padres y el de la amistad son distintos, pero **son amor y el amor (el verdadero) se consigue con esfuerzo y sacrificio, pero vale la pena, como todo lo que cuesta**.

Dicho esto tomó su portafolios y salió. El silencio duró todavía unos minutos hasta que sonó el timbre y volvió el barullo. Yo estaba atenta a Ángel, que casi no me hablaba desde el fin de semana. En realidad debo reconocer que no soporto que alguien esté enojado conmigo, así que lo observaba más para ver en qué momento podía «recomponer las cosas». Claro que en este contexto su reacción sobre sus padres me sorprendió y como todos lo seguí con la mirada cuando en el recreo salió con la cabeza gacha. No hubiera sabido qué le pasaba si no hubiera sido por mi primo Carlos.

Lección 9

¿Y por casa cómo andamos? (Patrones de amor)

Alicia me preguntó qué le pasaba a Ángel. Eran muchas cosas. En realidad él no estaba enojado con ella. Bueno, sí en parte, pero todo era un poco más complejo. Pero antes de dar mi opinión prefiero que las anotaciones personales del propio Ángel hablen por él. No era muy dado a anotar, pero en vista de que se sentía «solo», escribir este cuaderno le ayudó a ordenar ideas.

Sábado 12

Fuimos con los chicos al zoológico. Al principio me pareció absurda la idea pero era mejor que quedarme en casa. Cualquiera cosa es mejor que quedarse en casa, ¡están insoportables! ... Pero a estos tipos (a los del zoológico) se les ocurrió conversar sobre si era lo mismo amar a los padres que amar a los amigos. Primero, no me queda claro eso de «amar a los amigos». Además, compararlo con los viejos ¡es el colmo! Deberían estar en casa esos días en que a todos les caigo mal. Seguro pensarían distinto. Y la pedante de Alicia... Lástima que nos peleamos, espero que no siga enojada... Pero ellos no saben...

Lunes 14

¡Qué día condenado! Me da ganas de irme de mi casa, pero el problema es que no tengo dónde ir. El viejo se puso insoportable porque quería meter el auto en la cochera justo cuando engrasaba la bicicleta. Traté de explicarle que estaba haciendo lo que tanto me habían dicho que hiciera y que justo a él se le ocurría meter en ese momento el auto ¡para que no le diera el sol! Él me quiso decir que había otros lugares para hacerlo, pero yo había elegido ése: era el mejor para hacer algo que él me había mandado: «Engrasa la bici, Ángel, se te va a arruinar» se la pasaba diciendo... y ahora me grita que no lo haga, que en otro momento, como si no tuviera otra cosa que hacer y estuviera a su disposición todo el día. Claro, para él es más importante su auto que su hijo... Pero se lo dije. Todo. Clarito. Y en lugar de reconocer y darme la razón se enojó y me castigó y me mandó a mi cuarto y me dejó sin televisión. Es injusto, siempre es injusto. Cada vez que tengo algo para contarle él está en otra cosa. En esta casa no cuento. Me voy a ir y ya van a ver. Nadie me comprende.

Jueves 17

Preparé el desayuno como lo haría cualquier hijo y hermano normal. Pero el viejo siempre es un malpensado: «Qué me estará por pedir el señor», dijo con un tono de burla. Yo quería pedir algo pero no era la razón de ayudar en la casa ... bueno, no toda la razón. Acepto que pocas veces ayudo, pero ese día era distinto, «tenía ganas de colaborar». Se lo dije pero no me creyó. Peor cuando le conté que estuve con el profesor Ríos y tenían un lugar para mí en el equipo de fútbol. «No», dijo. «Tienes que estudiar y no se hable más del tema».

Por si fuera poco, a Miguel se le ocurrió preguntar si los queremos o no. Me parece claro que mi papá no me quiere. Yo lo dije y no me importa que lo sepan los demás. Lo bueno es que me frenó a tiempo sino hago un papelón delante de las chicas. Cuando salimos de clase me sentía mal, solo y me fui para un rincón. Todos me miraban como si tuviera lepra o algo así. No se acercaba nadie. Salió Miguel al patio y me pareció que lo menos que podía hacer era decirle lo tonto que me parecían sus estúpidas clases.

«¿Quieres, Ángel?» me ofreció una botella antes de que le pudiera decir cualquier cosa. «Compré esta gaseosa para ti. Siéntate y di lo que quieras.»

Sin pensarlo me largué y le conté todo lo que mi papá me había prohibido y lo poco que se preocupaba por mí, lo solo que me sentía y lo ingrato e injusto que era todo el mundo conmigo. No sé por qué, pero no le dije nada de sus tonterías (que al final no me parecieron tan tontas).

«Para mí es importante jugar al fútbol en el equipo. No tiene derecho a prohibirme eso que tanto quiero...»

«¿Y quién tiene la razón?»

«Por supuesto que yo.»

«¿Por qué?»

Me tomó desprevenido, el miserable; no supe qué decir. Me parecía tan claro que tenía razón que no sabía por qué.

«¿Sabes qué pasa, Ángel?» me dijo. «A veces solamente miramos una de las caras de la moneda y somos ingratos: hacemos con los otros lo que no queremos que nos hagan. Tal vez tu viejo no hable

contigo todo lo que necesitas, pero pregúntate si te has acercado a hablar con él.»

«Es él el que tiene que hablar conmigo; él es el papá; es su obligación.»

«Sí, es su obligación, pero creo que así no se construye el diálogo. Si todos nos guiáramos siempre por exigir en lo que tenemos razón el mundo sería bastante inaguantable. ¿No pensaste que tal vez a tu papá también le cuesta hablar, pero también tiene ganas de hacerlo? ¿No pensaste que a veces tú eres el que está cerrado? ¿Tampoco pensaste en que tu papá puede tener un mal día y decir cosas de las que después se arrepiente pero que tú no le das la oportunidad de arreglar? A veces nos parece que un amigo puede equivocarse o que nosotros mismos nos podemos equivocar; pero papá no. Ésa no es una actitud muy justa.»

Por un momento Miguel me enojó: «Usted está del lado de mi papá», le grité. «Se da cuenta que nadie me comprende, el malo de la película soy siempre yo.»

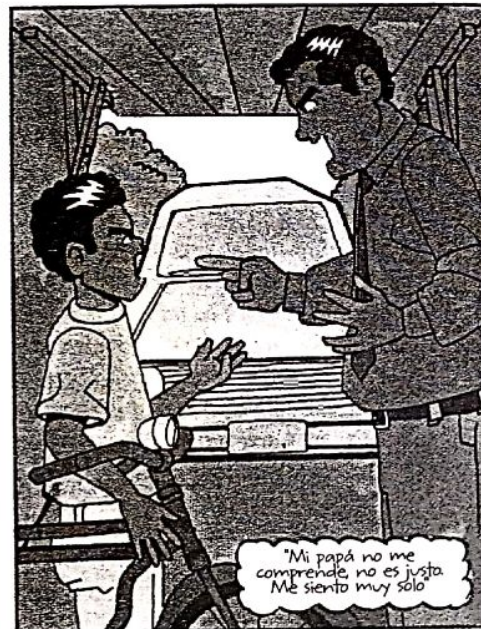
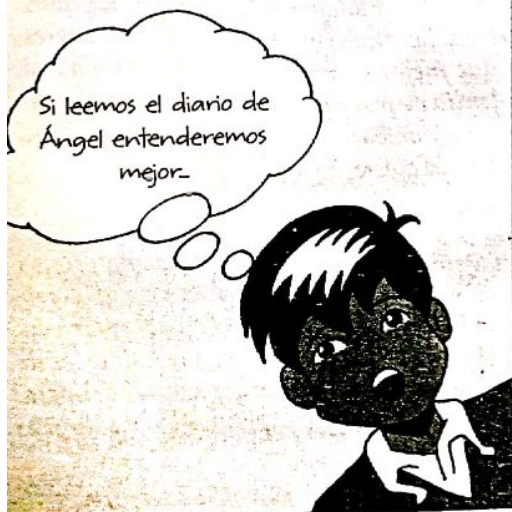
...a veces un NO refleja más amor que muchos SÍ, sobre todo cuando vienen de papá o mamá.

«Te equivocas. Yo creo que tienes tu parte de razón. Pero es bueno que pienses más allá de eso. En cualquier grupo, pero más que nada en la familia, todo depende del equilibrio y del realismo. No existe el que no se equivoca nunca. A veces nos vamos de un extremo a otro: o todos están completamente equivocados o yo estoy totalmente mal. Y si las cosas no se hablan resulta mucho peor. El realismo es

una de las cuotas del amor que mejor se aprenden en la familia: si estoy equivocado tengo la valentía de pedir perdón. Si el otro está equivocado lo ayudo a que se dé cuenta y ambos crezcamos. A esto también se llama humildad. Por ejemplo ¿por qué quieres jugar fútbol?»

«Porque me gusta, obviamente».

«Me parece muy bien. Pero cuando vayas a pedir un permiso no uses «truquitos viejos» y no vayas con la actitud de «vengo a avisarles que jugaré», porque eso hace que los papás (o cualquier persona) sientan más ganas de decirte que no. Tienes que hablarles de buena forma, sabiendo que ellos tienen la última palabra. Primero, piensa tú mismo si es bueno o no lo que vas a pedir. Pídelo sólo si es



para tu bien. Cuando lo pidas expónle tranquilamente a tus padres las razones por las que crees que es bueno. Eso es comunicarse”.

“Pero eso no es fácil cuando no te dejan hacer lo que quieres.”

“No todo lo que queremos es bueno que lo tengamos. Además, no es raro que después de «no obtener» una cosa nos «caiga del cielo» otra mejor. Es lógico que te sientas así: a todos nos pasa más o menos lo mismo cuando nos entusiasamos y nos dicen que no. Pero a veces un no refleja más amor que muchos sí, sobre todo cuando vienen de papá o mamá. Ellos nos quieren más de lo que pensamos... y creo que nosotros también a ellos. Sólo que a veces por soberbia nos cuesta reconocerlo. Pero piensa si te has dejado ayudar lo suficiente. Tal vez tú puedas remediar mucho.”

Sonó el timbre. Me fui sin decir nada. Estuve mal... debí haberle agradecido.

Lección 10

El mundo no es rosa... pero tampoco negro

Viernes 18

Día pesado. Sin novedad en el frente... pero... bueno, vino Liz a consolarme. En realidad no necesitaba que me consolaran y delicadamente se lo hice saber.

“¿Qué haces aquí? Éste es el cuarto de los varones, ¡vete!”

“Estás enojado porque papá no te deja jugar fútbol, ¿no, hermanito?”

“Es asunto mío. Y ahora déjame tranquilo.”

“Me parece que no te viste muy astuto al tratar de sobornarlos con eso del desayuno.”

“Te repito que es cosa mía... ¡Por favor deja la iguana en su pecera!... Gracias. No entiendo por qué tanto lío con un simple deporte. ¿Sabes? Creo que lo único que les interesa es que no demos problemas.”

“Pero tú te las arreglas bien para hacerlo, ¿no?”